

# Retorno

Sonia Rodríguez

Recostada sobre el viejo sillón, la anciana parecía estar dormida; sin embargo, los hilos invisibles del pasado parecían proyectarse cual pantalla gigantesca frente a sus cerrados ojos. Recordó a su viejo, parecía verlo llegar, cansado, con los pies hinchados luego de haber trabajado todo un día en el cañaveral, ganando un sustento que apenas se alargaba, encorvado como si todo el peso del mundo descansara sobre sus espaldas y siempre triste, sin apenas una sonrisa, salvo en aquellas ocasiones en que ella corría a refugiarse en su falda y abrazándolo le decía “hazme un cuento de miedo”. Entonces, él sonreía y le relataba un cuento de esos fabricados en horas de ocio cuando los vecinos se reunían por las noches frente a sus humildes casas y hablaban de aparecidos que salían en medio de la noche y se detenían en las casas a pedir café o a que le rezaran tres padres nuestros para poder descansar en paz. A ella le encantaban aquellos cuentos que le permitían acurrucarse sobre su pecho en un ritual de aparente temor para luego quedarse dormida y así sentir cómo los brazos amorosos y tiernos de su padre la cargaban hasta su camita. Muchas de esas noches podía escucharlo llorar desde su cuarto sin todavía comprender el por qué de aquel sufrimiento.

Siempre fue una niña despierta, conciente de cosas que para otros niños pasaban inadvertidas. Pasados algunos años las preguntas no se hicieron esperar. “¿Mami, por qué mi papá está siempre tan triste? Y mis hermanos ¿por qué han ido a la guerra”. La madre, mirándola sorprendida, le respondió: “Hija es deber de tus hermanos ir a defender la patria, somos ciudadanos

del norte” “Ciudadanos del norte, había dicho su madre, pero ¿por qué? -se preguntaba- si vivimos aquí, ésta es mi Patria, mi Isla, ¿mis hermanos defienden una guerra que no les pertenece?” Empezó a presentir la razón del dolor de su padre, su tristeza ante unos hechos contra los que no podía luchar ni tenía el valor para hacerlo.

Transcurrió el tiempo y se convirtió en una jovencita solitaria que gustaba de escribir versos. Su mayor placer era pasear por las tardes alrededor de la plaza del pueblo, observar las hermosas fuentes con sus leones por cuyas bocas salían chorros de agua en diferentes colores, la iglesia tan hermosa, el antiguo parque de los bomberos, la gente que caminaba pausadamente observando todo, tomando fotos, las parejas de novios tomados de la mano, riendo mientras se miraban amorosamente. Fue durante uno de esos paseos que llegó hasta sus oídos la voz nítida y fuerte de un hombre que reunido con un grupo personas parecía llevar la voz cantante. Se acercó más al grupo para poder observar sus rasgos. Aquel hombre bajo de estatura parecía destilar una energía avasalladora a través de sus palabras y gestos; sin embargo, lo que más impresionó a la jovencita fueron los ojos negros y profundos que proyectaban un amor inmenso cuando hablaba sobre la patria esclava: “Tenemos que defender la patria, esa es nuestra obligación” “Puerto Rico no puede seguir siendo colonia de los Estados Unidos”. “Al precio que sea, la consigna es ésta, PATRIA O MUERTE”. Fascinada le contó a sus padres sobre aquel hombre, pero ellos, asustados, le indicaron que se alejara de aquellas reuniones, “son peligrosos, se llaman revolucionarios” le dijeron. Pero ella se negaba a obedecer, una fuerza mayor la llevaba, aunque escondida tras la puerta de la catedral, a escuchar la voz vibrante de aquel que indiscutiblemente era el líder. Aquel hombre ejercía una

rara sensación en su ser, era como si sus palabras estuviesen dirigidas especialmente a ella. Eran sentimientos que no lograba entender del todo, que no lograba definir, pero que llegaban a su corazón como un dardo de fuego.

Un día ocurrió lo inesperado. Sus padres, al igual que muchos puertorriqueños, decidieron marchar al norte. La promesa de prosperidad económica era engaño común para muchos en esa época. Así un día frío y gris llegaron a aquel lugar inhóspito llamado “la tierra de las oportunidades y la riqueza.” Sintió como si todo el calor del trópico se hubiese escapado de su cuerpo y de su alma. Le invadió la nostalgia por su tierra, el verdor del follaje, los amigos, su casita de madera con puertas y ventanas abiertas donde el sol entraba a raudales.

Pasaron los años, demasiados para ella. Experimentó los embates que sufren aquellos que viven en suelo extraño, la marginación, el prejuicio en todas sus fases, la pobreza económica, la dependencia en las conocidas ayudas del estado. Conoció el producto de la mentira y la realidad del engaño. Todo esto fue propicio para adquirir una mayor conciencia sobre quién era y entender por qué tantos compatriotas luchaban desde las mismas entrañas del monstruo demandando libertad para su Patria esclava.

La figura de aquel hombre cobró proporciones gigantescas para ella. Las palabras que había escuchado escondida tras la puerta de la catedral de su pueblo ahora tenían un matiz diferente...y quiso volver, unirse a los que igual que ella sentían la fuerza del amor y el dolor de la Patria cautiva...el retorno no se hizo esperar.